

La muerte de Dios y la vida del hombre

César Vallejo y *Los heraldos negros*

Luis Xavier López Farjeat
Universidad Panamericana

*«Cuando Zaratustra estaba de nuevo solo,
dijo para sus adentros: “¿Será posible? ¡Ese viejo
santo en su bosque no se ha enterado aún de que
Dios ha muerto!”»*
Nietzsche

La filosofía moderna se esmeró por salvar la existencia de Dios. Desde un eterno conflicto entre la existencia de los hombres y un intento por restaurar la paz con la naturaleza, el ideal romántico agotó inútilmente todos sus esfuerzos por conjugar una unión infinita. Los resultados revelaron la condición humana como una adhesión permanente, pero siempre frustrada, a un mundo objetivo, un verdadero malestar inevitable por el simple hecho de vivir y levantarse cada día para morir. El luteranismo anunció la mala nueva: Dios ha muerto¹. Los modelos de vida se vuelven modelos de muerte, los modelos de muerte se vuelven modelos de vida. Decir que Dios ha muerto supone que Dios existió y que, poco a poco, el hombre fue desgastando su propia existencia, su propio poder, hasta el

¹ Es muy conocido que Lutero había expresado ya poéticamente que “Dios ha muerto”, (*Gott ist gestorben*). Con ello, Lutero no quiso decir que Dios ha dejado de existir, sino que el Dios que muere es el Dios de las imágenes que nos hemos formado de Él. La mediación de Cristo no está, pues, según Lutero, en ningún signo exterior o sensible, sino en el interior del corazón humano. Así las cosas, la noción de Dios depende, en última instancia, de una mera decisión subjetiva.

envilecimiento de un mundo sin sentido, de una mundanidad decaída ante una infinitud difícilmente alcanzable y una trascendencia absolutamente hermética.

Es ese agotamiento de la trascendencia, esa lejanía del *logos* cristiano, el que representa César Vallejo en **Los heraldos negros**. Pero al mismo tiempo, ese mismo libro de poemas revela el drama humano por alcanzar aquella trascendencia inexistente. El resultado es una religiosidad irreligiosa. En realidad, fue Schopenhauer, maestro de Nietzsche, el primero en instituir una religiosidad sin religión. Kierkegaard, por su parte, insiste en que los hombres han de anclarse a la religiosidad a través del salto mortal, resultado del contenido insuficiente de la vida estética y la vida ética. Sin embargo, la religiosidad kierkegaardiana se reconoce en el sufrimiento, elemento que ancla la fe en la contingencia y la finitud. La oposición Dios-hombre continúa en la concepción kierkegaardiana y, de hecho, parece que su pensamiento es la muestra más evidente de que la consciencia humana es una consciencia desgarrada o, acuñando el término hegeliano, una consciencia infeliz.

Ese pietismo luterano que late lo mismo en Nietzsche que en Kierkegaard, dibuja la existencia humana como un callejón sin salida, erige el estadio religioso en una negación que lanza a los propios hombres hacia un vacío que, en el caso de Kierkegaard, recurre a la transmutación del amor divino en el amor humano, del amor a Dios en el amor a la mujer. Este sentido religioso forma, poco a poco, una nueva alternativa, la única que queda para intentar alcanzar la trascendencia absoluta, la única que, ejercitada, nos ofrece un nuevo espectáculo, una nueva imagen del mundo, una nueva forma de vida: la actividad poética.

Los heraldos negros, el primer libro de poemas de Vallejo, encarna en las letras ese abandono del *logos* cristiano, esa impasibilidad que, a lo largo de sesenta y nueve poemas, relata el salto mortal que nos enfrenta a lo sobrenatural y que nos da la sensación de que ese estar cerca de la trascendencia sin poder penetrar en ella, es el punto de partida de nuestra dramática condición humana: un ser deseoso de un deseo inalcanzable, de un deseo insaciable, siempre insuficiente, un

extremo, una orilla siempre necia, siempre imposible, inevitablemente lejana a nosotros. Por eso se lee en **La cena miserable**:

*Hasta cuándo estaremos esperando lo que
no se nos debe... Y en qué recodo estiraremos
nuestra pobre rodilla para siempre! |i| Hasta cuándo
la cruz que nos alienta no detendrá sus remos [!]*

*Hasta cuándo la Duda nos [prenderá] blasones
por haber padecido [!] Ya nos hemos sentado
mucho a la mesa, con la tristeza de un niño
que a media noche llora de hambre desvelado*

*Y cuándo nos veremos con los demás, al borde
de una mañana eterna desayunados todos
Hasta cuándo este valle de lágrimas a donde
yo nunca dije que me trajeran [...] De codos*

*todo bañado en llanto, repito cabizbajo
y vencido: hasta cuándo la cena durará
Hay alguien que ha bebido mucho, y se burla, y acerca
y aleja de nosotros, como negra cuchara
de amarga esencia [hermana], la tumba! |Quién será?|*

César Vallejo, el poeta peruano, el adscrito al leninismo a mediados de los años veinte, el entusiasta colaborador de la revista "Favorables Paris Poema" al lado de Huidobro y Neruda; César Vallejo, lo esto, lo otro y aquello, pero ante todo y antes que nada: el poeta. ¿Debo hablar entonces del hombre "comprometido" con el socialismo? ¡No, por Dios!, ya un "destacado intelectual" del siglo XX ha bautizado las caóticas pretensiones de la poesía revolucionaria como *el antiguo régimen del espíritu*. Una cosa es cierta: quien no hace una lectura filosófica de **Los heraldos negros**, no alcanzaría a llevarse de la

mano con la antropología del desgarramiento que, a mi juicio, es la propuesta más interesante e intensa de Vallejo².

Lo que he denominado “antropología del desgarramiento” consiste en un recorrido de la existencia humana que inicia desde la trascendencia, la agota y la destruye, para culminar, finalmente, con un regreso a esa misma trascendencia y a lo sagrado. La religiosidad que se había hecho irreligiosa según lo expuesto en las primeras líneas de este trabajo, se vuelve una vez más religiosidad. A mi parecer, la poética de Vallejo contiene una propuesta antropológica que si bien no está exenta de rebeldía y pesimismo, en el fondo comunica una inevitable intensión por alcanzar la reconciliación con la trascendencia³.

Indudablemente, Vallejo no estaba conforme con los hechos en su país natal, ni con la vida, ni con su propia suerte. En esta vida, quien

² Según Rafael Gutiérrez GIRARDOT, para precisar cuál es el motor de *Los heraldos negros* no es necesario acudir en busca de información a autores como Hegel, Jean Paul, Heine, Nietzsche, Dostoievski o Rimbaud, no solo porque algunos de ellos no fueron fuentes directas de Vallejo —siguiendo en este caso, dice, la falsa creencia de que la fijación de fuentes explica ya una creación poética—, sino porque Vallejo mismo sugiere con nitidez en *Los heraldos negros* el hecho histórico de la muerte de Dios (Cfr. *César Vallejo y “la muerte de Dios”*, en *Cuestiones*, Fondo de Cultura Económica: México 1994, p.55). GUTIÉRREZ GIRARDOT tiene razón en cuanto que, en efecto, la alusión a la muerte de Dios es sumamente clara, casi transparente, en *Los heraldos negros*. Sin embargo, si parece importante acudir, al menos, a Hegel, Kierkegaard y a Nietzsche para comprender a fondo la poética de Vallejo. En este sentido, Juan LARREA se acerca mucho más a mi propuesta, pues para él, el ser ético-estético de Vallejo rebasa ampliamente el sentido académico de la literatura. Para Larrea no se puede entender cabalmente a Vallejo sino en virtud de unas categorías culturales más complejas y significativas como lo son la psicología, la metafísica e incluso la teología. Sin ellas, no sería posible desentrañar los valores auténticos de Vallejo como se debe. (Cfr. *Vallejo en la crisis de nuestro tiempo*, en *El amor de Vallejo*, Pre-textos: Madrid 1980, p.109).

³ También para Juan Larrea, Vallejo, más que un fenómeno meramente literario, es un fenómeno de esencia antropológica cuyas significaciones tocan a la cultura por muchos ángulos. Pero Vallejo es, sobre todo, producto de una situación personal e incesante de crisis vinculada a una estado de humanidad que atraviesa asimismo un momento de crisis violenta. (Cfr. *Vallejo en la crisis de nuestro tiempo*, en *El amor de Vallejo*, p.104).

presumiese de estar conforme pecaría de pedantería. Es esa inconformidad la que le lleva a hacer renacer el viejo mito romántico del poeta maldito, que, en Vallejo, será redimido. Desde esta visión, **Los heraldos negros**, según Jean Franco, contienen ese postulado de división del hombre, su anhelo de integración y su viaje circular de retorno a la paz que es la muerte⁴. Pero posiblemente, el descubrimiento más grande —aunque menos novedoso— de César Vallejo es que la naturaleza ha sido despojada de lo divino o, en otras palabras, que Dios ha muerto.

Los heraldos negros, escrito en 1918⁵, inicia con un poema que lleva el mismo título. Desde las primeras líneas, Vallejo anuncia un conflicto con Dios. Dios es negatividad, es lo otro que no es yo, lo otro inalcanzable, impenetrable y que, sin embargo, es presencia inmóvil y es el origen de la caída: por ser un Dios lejano y distinto a los hombres, Él es causa de la consciencia desgarrada que se esmera por alcanzar una infinitud muy lejana. En el primer párrafo del poema Vallejo escribe:

⁴ Cfr. FRANCO, Jean: **César Vallejo: la dialéctica de la poesía y el silencio**, traducción de Luis Justo, Sudamericana: Buenos Aires 1984.

⁵ 1918, un año en que florecen nuevas esperanzas concebidas al filo de la gran catástrofe universal por la cultura de occidente. Cito a Juan Larrea: «[En 1918] se está presintiendo ya el fin de la guerra cruentísima que ha mantenido en espanto al mundo hasta que la entrada de América en la lucha decidió la balanza (...) Pues bien, en ese año 1918 acusa la poesía en nuestro idioma un sobresalto significativo en el rumbo marcado por Rubén Dario que poco antes de morir en 1916, ha sentado con gran aparato profético la esperanza de la constitución en América de una Cultura Nueva. En dicho año 1918 un poeta chileno en quien habían prendido las avidedeces de renovación al estímulo de la catástrofe, Vicente Huidobro, llega a Madrid donde se funda (...) el Ultraísmo». En ese mismo año se publica en Perú el primer libro de César Vallejo, **Los heraldos negros**, que, «al decir de Mariátegui, “es el orto de una nueva poesía en el Perú”. Se trata de una poesía que comienza con una sobrecogedora anunciación de la muerte... hacia otro género de vida de signo colectivo y de conciencia integrada al absoluto». (*Vallejo en la crisis de nuestro tiempo*, en *El amor de Vallejo*, pp.105-106).

*Hay golpes en la vida tan fuertes... Yo no sé!
Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma... Yo no sé!*⁶

El odio de Dios aparece como causa de la pérdida de identidad de los hombres y, a la vez, anuncia la nostalgia de una vida ya vivida, de una vida anterior repleta de caídas y sufrimientos⁷. Si se trata de *empezar todo lo sufrido en el alma*, se trata de hallarle un sentido a lo existente y a la existencia, empresa nada fácil, mientras el hombre permanezca en su condición finita que le ocasiona un conflicto con su propio Creador. Dios es fundamento y condición de posibilidad de la existencia, Dios mantiene las cosas en su ser, sin embargo, la figura divina que esboza Vallejo se separa del logos cristiano. Si bien el Dios cristiano es omnipotente, el Dios de Vallejo es triste, es humano sin ser humano. Esta figura se encuentra en dos poemas fundamentales de *Los heraldos negros*, el primero titulado *Impia*, y el segundo *Los dados eternos*.

⁶ Los fragmentos y poemas que se citan a lo largo del trabajo están tomados de VALLEJO, César: **Obra poética**, edición crítica de Américo Ferrari, Colección Archivos: México 1989.

⁷ Como apunta Jean Franco, en esta actitud invierte el *cogito* cartesiano: "sufro y soy, pero no sé". «El ser —dice Franco— se comprueba por los golpes y las caídas, las "zanjas oscuras", "las crepitaciones/ de algún pan que en la puerta del horno se nos quema" —cuyas causas son conjeturales "como el odio de Dios", "talvez los potros de bárbaras atilas; / o los heraldos negros que nos manda la Muerte." El hombre sufre todas las culpas y castigos de la tradición religiosa occidental sin la certidumbre de la fe. Las caídas de "los Cristos del alma/ de alguna fe adorable...", el odio de un dios imposible (porque destruye sin crear) aparecen como los remanentes de un lenguaje metafísico al cual el poeta alude sólo para negarlo.» (FRANCO, J.: *La temática: de Los heraldos negros a los "Poemas póstumos"*, en *Obra poética*).

*Señor! Estabas tras los cristales
humano y triste de atardecer;
y cuál lloraba tus funerales
esa mujer!*

El segundo es mucho más explícito y, a la vez que describe la figura del Dios triste al que hay que reclamar el absurdo de nuestra existencia, asoma una fuerte nostalgia de Dios, de los tiempos en que el pan se hacía su carne. Poco a poco el vacío envuelve al hombre y le incita a sepultar a su propio Creador.

*¡Dios mío! ¡Estoy llorando porque vivo!
Me pesa haber tomádote tu pan;
pero este pobre barro pensativo
no es costra fermentada en tu costado:
tú no tienes Marías que se van!*

*Dios mío, si tú hubieras sido hombre,
hoy supieras ser Dios;
pero tú que estuviste siempre bien,
no sientes nada de tu creación.
Y el hombre sí te sufre: el Dios es él!*

*Dios mío, y esta noche sorda, oscura,
ya no podrás jugar, porque la Tierra
a fuerza de rodas [y así tan dura]
es un dado roído y ya redondo
que no puede parar sino en un hueco,
en el hueco de inmensa sepultura*

El hombre vive apegado al mundo material, a la creación. En otras palabras, el mundo se hace materialidad vulgar, sin presencia de la divinidad, y, al mismo tiempo, sometido a la arbitrariedad de un Dios distante, sin contacto con su creación. La trascendencia está perdida y el mundo tiende a materializarse. Vallejo arrastra una consideración absolutamente distorsionada y contradictoria de la divinidad. Es decir,

Dios no está presente en el mundo que Él creó y, a la vez, es excesivamente parecido al hombre. Además, la negación de Dios es la negación del hombre, un hombre desamparado, un hombre solo que ha perdido a su Creador. Si Dios ha muerto, toda moral es puesta en entredicho. Más aún, si Dios ha muerto, son dos las preguntas fundamentales que aquejan el corazón humano: ¿cómo puede conservar su vida quien pierde a Dios?, ¿cómo sería respetable un hombre sin Dios?⁸ Creo tener una respuesta para la primera pregunta, mas no para la segunda.

Si Dios ha muerto, los hombres pueden conservar su vida en la ficción poética. El propio Zaratustra de Nietzsche es una ficción literaria. Vallejo aspira a una visión poética mundana, pero a la vez sobrenatural porque no ha sepultado a su Creador, sigue hablando con Él. El nihilismo nietzscheano hubiese querido olvidarse de Dios pero es esa misma obsesión por acabar con lo sobrenatural lo que le lleva, lo mismo a él que a Vallejo, a una especie de vértigo, en el que es esa idea muerta la que les tiene el alma en un vilo, y la que les hace recuperar cierta trascendencia. El universo es un abismo, no habla ni se mueve, es puro presente, inmediatez, pero sobre todo, anuncia que el hombre debe romper con la realidad que le ofrece ese universo estático, para dar paso a la representación. Este intento por transformar la realidad en la representación se lee en *La voz del espejo*:

*Así pasa la vida, como raro espejismo.
¡La rosa azul que alumbra y da el ser al cardo!
Junto al dogma del fardo
matador, el sofisma del Bien y la Razón!*

⁸ Es José Manuel OROZCO en su trabajo *Consecuencias de la muerte de Dios*, quien replantea estos tres problemas, la moral, el sentido de la vida, y el respeto humano a falta de un Dios. (*Estudios*, Instituto Tecnológica Autónomo de México, 28 (1992).)

*Se ha cogido, al acaso, lo que rozó la mano;
los perfumes volaron, y entre ellos se ha sentido
el moho que a mitad de la ruta ha crecido
en el manzano seco de la muerta Ilusión.*

*Así pasa la vida,
con cánticos alevos de agostada bacante.
Yo voy todo azorado, adelante... adelante,
rezongando mi marcha funeral.*

*Van al pie de brahacmánicos elefantes reales,
y al sórdido abejeo de un hervor mercurial,
parejas que alzan brindis esculpidos en roca,
y olvidados crepúsculos una cruz en la boca.*

*Así pasa la vida, vasta orquesta de Esfinges
que arrojan al Vacío su marcha funeral.*

Como afirma Ramón Xirau, Vallejo es nihilista y, al mismo tiempo no quiere serlo, carente de Dios va en busca de alguna forma de divinidad⁹. El Dios de Los heraldos negros, pues, no posee ya ningún atributo sobrenatural. Al contrario, se entristece y se enferma, está condenado, como los hombres, a la mortalidad. Hablar del infinito es traicionar nuestra condición humana finita. Por ello, los poemas de Vallejo remiten a un más allá incomprensible, de hecho imposible desde su propia poesía, pues por ser finitos, cualquier idea de más allá que pudiésemos tener, estaría cargada de nuestro poder destructivo y finito. Siguiendo una vez más a Jean Franco, la pérdida del *logos* cristiano no puede ser recuperada por cualquier forma de divinidad o por algún vago absoluto platónico. Vallejo revela una búsqueda desesperada de divinidad que asoma ese carácter dialéctico y paradójico que supone la pregunta por la existencia de Dios. Así, ejemplifica Franco, en el poema titulado *La de mil*¹⁰, la Divina

⁹ Cfr. XIRAU, Ramón: *Dos poetas y lo sagrado*, Joaquín Mortiz: México 1980.

¹⁰ Conviene recordar algunas líneas de *La de mil*: "Pasan todos los labios. El hastío/ despunta en una arruga su yanó/ Pasa el suertero que atesora, acaso/

Providencia se convierte en vendedor de billetes de lotería, andrajoso mendigo y burla viva de la fortuna que vende por la calle; en *Los dados eternos* los papeles se invierten y el hombre reclama para sí la condición de Dios en virtud de que sólo él sufre¹¹. Vallejo descubre algunas nociones contradictorias inherentes al concepto de Dios, ¿cómo puede ser Él un ser perfecto que guía nuestra conducta diaria, si es sólo el hombre quien conoce el sufrimiento y la enajenación de la existencia?

Este cuestionamiento recuerda una vez más la teología existencialista que Vallejo toma de Kierkegaard. El punto crucial de la teología kierkegaardiana es la posible identidad entre la auténtica existencia humana con la existencia de la fe. Thomas J. J. Altizer considera que Kierkegaard conoce la muerte de Dios solamente como una realidad objetiva, pero puesto que la fe pertenece al terreno de la subjetividad y no de la objetividad¹², Kierkegaard rechaza la muerte de Dios y las conclusiones negativas de Hegel y Feuerbach. En efecto, lo mismo Hegel que Feuerbach, sostienen con objetividad que Dios ha muerto: es mucho más fácil negar a Dios que negar al mundo. Vallejo, nuestro personaje de estirpe poética, es muy consciente de ello. Pero si Vallejo niega a Dios, lo hace más en el sentido hegeliano que kierkegaardiano. Es decir, el Dios que ha muerto es el Dios de la representación (*Vorstellung*), el Dios todopoderoso. Y esta es, claro, la experiencia más dolorosa para la consciencia humana, pues viene a decirnos que ni siquiera lo eterno, lo verdadero, lo que hemos considerado como lo más elevado, se substraerá a la dura prueba de la negación y de la muerte. Esto es lo que ha significado la muerte de Cristo y, en la poesía de César Vallejo, significa que la imagen que nos hemos formado de Dios es insuficiente: si lo representamos como

nominal, como Dios/ entre panes tantálicos, humana/ impotencia de amor./ Yo le miro al andrajo. Y él pudiera/ darnos el corazón;/ pero la suerte aquella que en sus manos/ aporta, pregonando en alta voz,/ como un pájaro cruel, irá a parar/ adonde no lo sabe ni lo quiere/ este bohemio dios./ Y digo en este viernes tibio que anda/ a cuestras bajo el sol:/ ¡por qué se habrá vestido de suertero/ la voluntad de Dios!"

¹¹ Cfr. FRANCO, Jean: *César Vallejo...*

¹² Cfr. ALTIZER, Thomas J. J.: *The Gospel of Christian Atheism*, Filadelfia 1966.

igual a nosotros, en efecto, Dios es triste y enfermo, pero aún esta representación sumamente humana y pesimista no ofrece solución alguna a nuestra vida.

Así las cosas, la muerte de Dios es una tragedia que se proyecta al terreno humano: la tragedia de Dios es tragedia de los hombres. De ahí que Dios y los hombres no estén irremediamente separados sino intensamente unidos. A mi juicio, es lo que proyecta y describe en *Espergesia*:

*Yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.*

*Todos saben que vivo,
que soy malo; y no saben
del diciembre de ese enero.
Pues yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.*

*Hay un vacío
en mi aire metafísico
que nadie ha de palpar:
el claustro de un silencio
que habló a flor de fuego.*

Si Dios enferma, puede morir. Y precisamente su muerte es el límite extremo de la finitud. Si Dios enferma y crea enfermo, nosotros somos consecuencia de su enfermedad. Luego, vivimos enfermos. Muestra de que Dios ha pasado a ser finito es, a la luz del hegelianismo, la Pasión y la Muerte de Cristo. Para Vallejo, la Pasión de Cristo es pérdida de poder espiritual. Dios se hace finito en la encarnación de Cristo, un Cristo real que viene a dar noticia de un acontecimiento, de una verdad altísima: la verdad de la tragedia de Dios. Con su muerte, Cristo se convierte en el símbolo más acabado y perfecto de la realidad trágica que significa que muera Dios. Pero al unísono su mensaje es, según Hegel, sumamente dialéctico, pues nos hace ver que Dios muere a cada momento, a cada instante, y también, cada momento, cada instante, cada hora y cada minuto, resucita. Esto

es lo que Hegel llama la vida del espíritu, y es ese vitalismo irremediable el que impide que Nietzsche y Vallejo abandonen al Dios vivísimo en su sepulcro.

Dios no se horroriza ante la muerte, sino que la afronta y la asume, la lleva en sí mismo. En Dios vida y muerte son inseparables, en Él la muerte está presente en la vida porque vive muriendo, cada minuto que muere vive, se afirma siempre como nueva vida. Los hombres nos sentimos poca cosa o casi nada porque estamos ante el todo. En terminología luterana, *Gott ist gestorben*. Es bien conocida la interpretación luterana de la muerte de Dios en el Viernes Santo: Dios murió cuando era finito, símbolo de que la humanidad es frágil y débil. Este es el Dios de Vallejo, frágil, débil, triste y enfermo, porque vive el momento de su finitud, finitud que siempre es negativa. Vallejo, pues, es fruto de una divinidad enferma, divinidad que siempre le acompaña, que jamás se separa de su creación y, por eso, el poeta se redime y, aunque siempre con aire triste y derrotado, puede escribirle a *Dios*:

*Siento a Dios que camina
tan en mí, con la tarde y con el mar.
Con él nos vamos juntos. Anochece.
Con el anohecemos, Orfandad...*

*Pero yo siento a Dios. Y hasta parece
que él me dicta no sé qué buen color.
Como un hospitalario, es bueno y triste;
mustia un dulce desdén de enamorado:
debe dolerle mucho el corazón.*

*Oh, Dios mío, recién a ti me llego,
hoy que amo tanto en esta tarde; hoy
que en la falsa balanza de unos senos,
mido y lloro una frágil Creación.*

*Y tú, cuál llorarás... tú, enamorado
de tanto enorme seno girador...
Yo te consagro Dios, porque amas tanto;
porque jamás sonríes; porque siempre
debe dolerte mucho el corazón*

Este es uno de los momentos en que Vallejo parece conciliarse con Dios. La descripción de la divinidad como hospitalario, bueno, triste y dolido, recuerda la descripción schopenhaueriana de que Dios creó al mundo de la miseria y el dolor. En este sentido, Schopenhauer se inclina hacia una especie de teísmo muy peculiar. Aunque no es demostrable, sí podemos pensar en un ser sumamente poderoso, creador de un mundo atormentado.

Ahora bien, ¿qué nos queda a los hombres una vez que nos hemos percatado que nuestra condición humana es tormentosa? Angustia y melancolía. En este sentido, Vallejo vuelve a asomar su simpatía por Kierkegaard. Filosóficamente los temas de la angustia y la melancolía tienen su raíz en el idealismo alemán y la creencia en que la consciencia es doliente por su indeterminación, por su constante conflicto. Pero aun en esta consciencia derrotada hay, lo mismo en Kierkegaard que en Nietzsche y en Vallejo, una extraña obsesión por insistir en la relación humana con Dios, pues se sabe que ahí está nuestra salvación, al mismo tiempo doliente e incierta en cuanto a la posibilidad de ser alcanzada. Ante tal incertidumbre los hombres tenemos todavía dos opciones: permanecer en un terreno infértil y nihilista como el del último hombre nietzscheano, o dar cabida a nuestra ansiedad en el superhombre.

En el primer caso, es decir, en el del último hombre, "dios ha muerto", pero ese hombre insiste en mirar el mundo como algo todavía divino. En cambio, el superhombre entiende el mundo sin Dios, desdivinizado y, por ello, tiene la firme convicción de que le corresponde a él otorgar resplandor a una nueva forma del ser, en términos del propio Nietzsche, le corresponde al superhombre dar sentido a la tierra. Sin embargo, el único inconveniente es que la coherencia filosófica y literaria de *Así hablaba Zaratustra* es tan solo

el "proyecto vital" de su autor. Así, aunque la obra es una exaltación de la vida, no tiene que ver con la vida vivida de Nietzsche, que se sabe enfermo; de ahí que su único intento es sanar. Vallejo se sabe, también, víctima de una enfermedad tortuosa, fruto del fracaso que representa todo intento por sustituir la divinidad por un ideal. Al entregarse a un ideal desdivinizado el mundo y la vida quedan absolutamente fuera de toda esperanza; sin divinidad, se crea un vacío metafísico, tal y como lo dice en *Espergesia*. Cito una vez más el párrafo representativo para detenerme en él:

*Hay un vacío
en mi aire metafísico
que nadie ha de palpar:
el claustro de un silencio
que habló a flor de fuego.*

El desarrollo del universo, el de la propia vida, se encuentra lejos de la trascendencia y de la infinitud, es decir, se desenvuelve tan sólo en el mundo físico. No obstante, puesto que aun con Dios muerto seguimos existiendo, hay que encender una vez más una llama divina que, en última instancia, intenta transfigurar el mundo finito en el mundo de la vida divina. Es este modo de asociarse con lo finito el que provoca una ceguera en los sentidos del hombre que le hace engañarse sobre su propia existencia. Así es como puede darse una trascendencia sin trascendencia, así es como nace el superhombre que asume el compromiso de dar el nuevo ser al mundo desdivinizado y, Vallejo, se engarza en el viejo romanticismo y su exaltación de la mujer como un espíritu supremo. Dentro de *Los heraldos negros*, posiblemente el poema que mejor manifiesta la finitud de la mujer hecha divinidad es *Para el alma imposible de mi amada*:

*Amada: no has querido plasmarte jamás
como lo ha pensado mi divino amor.
Quédate en la hostia,
ciega e impalpable,
como existe Dios.*

*Si he cantado mucho, he llorado más
por ti ¡oh mi parábola excelsa de amor!*

*Quédate en el seso,
y en el mito inmenso
de mi corazón!*

*Es la fe, la fragua donde yo quemé
el terroso hierro de tanta mujer;
y en un yunque impío te quise pulir.*

*Quédate en la eterna
nebulosa, ahí,
en la multiciencia de un dulce noser¹³*

*Y si no has querido plasmarte jamás
en mi metafísica emoción de amor,
deja que me azote,
como un pecador.*

Nuestra propia finitud nos acerca a la otra finitud, a la creatura más semejante al hombre, a saber, la mujer. En la experiencia amorosa el hombre busca su fin, ya no en sí mismo, sino en el "otro", es una actitud en la que el hombre en vez de dominar lo "otro", se entrega a ello cosechando una semilla de aparente inmortalidad. La relación hombre-mujer, se empeña en revelar la unidad de dos consciencias finitas y desgarradas que creían superar su condición doliente en la entrega del uno al otro. El amor es el intento más grande por superar nuestro dolor, pero fracasa ante ello porque no puede ser perfecto y entonces se vuelve defectuoso y hostil. Nuestra individualidad no nos permite penetrar en otra individualidad y ello provoca una vez más dolor. El hombre sigue siendo semejante a Cristo. Si Cristo muere y resucita, el hombre también vive muriéndose a cada momento con sus heridas físicas que arrecian en el

¹³ Una característica de la poética de César Vallejo es la alteración ortográfica de las palabras. En este caso convierte el "no ser" en una sola palabra "noser". Y este tipo de alteraciones se han visto también con el "talvez" en vez de "tal vez", o el "yanó" en lugar de "ya no".

alma. Como sostiene Juan Antonio Massone, *alma y cuerpo están igualados por la quejumbre y el permanente estado de colapso*¹⁴.

Pero finalmente el dolor, el pesimismo, la desesperación de Vallejo no manifiestan solamente negación, sino que al mismo tiempo anuncian una afirmación, la construcción de un nuevo espíritu, de un nuevo *logos*. Al principio decíamos que la religiosidad irreligiosa de Vallejo regresaba a la religiosidad y en esto consiste la nueva espiritualidad¹⁵. César Vallejo es creador de un espíritu que no se ocupa desesperanzadamente en desdivinizar el mundo, sino en repoblar obstinadamente el corazón del hombre de su necesidad de un Dios inalcanzable. La revelación más noble del poeta es que el dolor es eminentemente el misterio de la condición humana. De ahí, que el Dios de Vallejo sea un Dios doliente. El Dios más cercano a nosotros es el Cristo de la Pasión, el Dios-Hombre, el único que ha sufrido y que, por tanto, compadece el dolor del hombre.

Aparentemente la poética de Vallejo y la antropología del desgarramiento son, sin más, mundanas. No es así. Vallejo aspira a la comunidad con Dios y, en este sentido, regresa a la religiosidad. Sin embargo, esa comunidad con Dios, carece de redención y, por tanto,

¹⁴ Tal afirmación aparece en el prólogo que hace MASSONE a la selección de poemas editada bajo el título de *Así es la vida, tal como es la vida*, Editorial Nascimento: Santiago de Chile 1982.

¹⁵ Como hace notar GUTIÉRREZ GIRARDOT, el lenguaje de *Los heraldos negros* está inconfundiblemente acuñado por las escenas de la Historia Sagrada y, en especial, por las más familiares de la vida y la pasión de Cristo. «Vallejo llama, por ejemplo, a la luna "*roja corona de Jesús*" y le dice que "*a fuerza de volar en vano, / te holocaustas*". Habla del "*rosado Jordán*" y recordando a la serpiente del Paraíso y a los indignados latigazos que dio Jesús en el templo, dice del cuerpo de una mujer que "*ondea, como un látigo beatífico / que humillará a la vibora del mal*"; evoca los "*blancos caminos redentores*" y "*los arranques murientes de una cruz*"(...)» (*César Vallejo y la muerte de Dios*, en *Cuestiones*, p.49). Esta presencia y constante recurrencia a la Historia Sagrada es la que me hace pensar que en Vallejo hay una religiosidad que igualmente revela que Vallejo nunca es un asesino de Dios, sino creador de una nueva espiritualidad. Ahora bien, entiendo por nueva espiritualidad la elaboración de una poética que a base de repetir el acontecimiento de la muerte de Dios en la crucifixión, tiene como resultado una poética no terrenal sino, al contrario, Vallejo se dedica a llorar su alma desprovista de la divinidad que se sabe sedienta de Dios. El resultado es una poética espiritual.

es una comunidad sin comunicación y siempre doliente, porque la vida es dolor, la vida es un peldaño hacia lo divino y punto de arranque para siempre, dinamismo, unión y separación, esperanza y desesperanza, gozo e intenso sufrimiento. Por esta condición dual de la existencia humana Vallejo puede escribir en los *Poemas Humanos*¹⁶, dos textos absolutamente contradictorios. El primero de ellos, *Voy a hablar de la esperanza*, revela el sufrimiento puro:

Yo no sufro este dolor como César Vallejo. Yo no me duelo ahora como artista, como hombre ni como simple ser vivo siquiera. Yo no sufro este dolor como católico, mahometano ni como ateo. Hoy sufro solamente. Si no me llamase César Vallejo, también sufriría este mismo dolor. Si no fuese artista, también lo sufriría. Si no fuese católico, ateo ni mahometano, también lo sufriría. Hoy sufro desde más abajo. Hoy sufro solamente.

Y en Hallazgo de la vida, se lee:

¹⁶ Bajo este nombre se editaron los poemas póstumos de César Vallejo. Acudo a dos poemas que están fuera de la obra que ha ocupado nuestro estudio, a saber, **Los heraldos negros**. Me he tomado esa libertad por dos razones: la primera porque con ello pretendo mostrar que aunque al final de su vida hay momentos en que Vallejo exalta la existencia, en realidad no se ha apartado demasiado de la condición doliente que respira en sus primeros poemas; la segunda razón es que estos dos poemas describen la conclusión a la que, a mi parecer, llega Vallejo en **Los heraldos negros**: una irreligiosidad religiosa, una mundanidad trascendente, pero sobre todo, una esperanza absolutamente doliente. Los textos, desde luego, han sido tomados de la **Obra poética** de Vallejo, la edición ya citada de Américo Ferrari.

¡Señores! Hoy es la primera vez que me doy cuenta de la presencia de la vida. ¡Señores! Ruego a ustedes dejarme libre un momento, para saborear esta emoción formidable, espontánea y reciente de la vida, que hoy, por la primera vez, me extasia y me hace dichoso hasta las lágrimas.

Al final, Vallejo no hace sino aceptar la vida. Esto es lo que nos viene a decir al final de su jornada poética, que *así es la vida, tal como es la vida* y, sobre todo, que nuestra propia vida nos acerca al dolor y a la muerte: *César Vallejo ha muerto, le pegaban todos sin que él les haga nada; le daban duro con un palo y duro también con una soga; son testigos los días jueves y los huesos húmeros, la soledad, la lluvia, los caminos...*

Copyright of *Tópicos. Revista de Filosofía* is the property of Universidad Panamericana and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.